

Mención especial merece el gran número de comunicaciones que versan sobre la traducción. En esta área figuran, de manera no explícita, interesantes artículos sobre la traducción de tiempos verbales (Ferrerres-Vidal), sobre las dificultades que entrañan las partículas pronomino-adverbiales *en* e *y* (Fréché), sobre historia de la traducción (Lépinette), sobre el caso especial de la traducción en Semprún (Molina), y sobre textos de divulgación científica (Parra) —más en particular textos médicos (Sánchez Trigo).

Otro apartado que requiere comentario aparte es el de los estudios que aúnan lingüística y literatura: artículos sobre Blaise Cendrars (Grijalba), Pierre Reverdy (Hernández), Saint-Exupéry (Jordà-Carina, y, por otro lado, Vicens), Pavia (Pérez García), Ionesco (Romero Pérez), y Sartre (Solà).

La lexicología también ocupa un espacio privilegiado, gracias a la pluma de Biosca (corpus fraseológico francés-catalán), Gómez-Jordana y Privat (paremiología), López Díaz (tautologías y perogrulladas —*lapalissades*—), Mogorrón (expresiones fijas), etc.

La lista aquí reseñada no es, ni mucho menos, exhaustiva: componen esta *Lingüística francesa en el nuevo milenio* casi un centenar de artículos que hacen de ella un perfecto compendio de la actualidad de los estudios filológicos sobre la lengua de Molière en España. Esperemos que esto contribuya poderosamente a detener la poderosa pauperización que está sufriendo la enseñanza del francés en nuestro Estado. Se hace necesario, y ya, un enorme trabajo de divulgación para recuperar la influencia que la cultura francesa conoció antaño —desplazada y arrinconada como está siendo, por razones de índole político-económica, a la defensiva actitud de la excepción cultural. Por eso el aplauso ante su aparición sólo puede ser amplio y sonoro.

Francisco Domínguez

**KERTZER, David I., BARBAGLI, Mario (comp.) (2002), *La Vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*. Trad. de Ramón Ibero. Paidós Orígenes. Barcelona, 2003.**

Obra escrita, en principio, *por* y *para* historiadores, su interés para el estudioso de la cultura es máximo. Esta *Vida familiar...* no sólo permite comprender mejor los vaivenes de una sociedad en permanente cambio como lo fue la del mundo decimonónico; el estudio de la vida de las familias, puertas adentro de sus protegidos hogares, permite profundizar con mayores elementos de juicio en la idiosincrasia burguesa —de la que la novela realista fue una de sus mejores vías de expresión, así como la confirmación definitiva de su poder social y económico.

Los compiladores Kertzer y Barbagli amplían las ya clásicas obras de Ariès y Duby (*Historia de la vida privada*, 1985) y de Shorter (*Nacimiento de la familia moderna*, 1975) en el corpus de las obras de historiografía familiar. Considerándose herederos del sociólogo francés Frédéric Le Play —uno de los primeros estudiosos de las consecuencias sobre las familias francesas de los cambios económicos y políticos del XIX— los autores compilados se convierten en continuadores de su obra, que amplían a los cuatro puntos cardinales de este *continuum* de usos y costumbres que es Europa.

En su «Introducción», Kertzer y Barbagli efectúan una visión de conjunto sobre los temas tratados en esta *Vida familiar...* Inician su comentario sobre el incremento casi exponencial de los índices demográficos en la Europa del XIX, que vio su población, en el espacio de un siglo, doblarse, triplicarse e incluso cuadruplicarse —caso de Gran Bretaña. Índices que permiten vislumbrar hasta qué punto cuajó la Revolución industrial en los distintos Estados del continente. Hablan también los compiladores de la influencia que tuvo la nueva economía sobre la vida de las familias, sobre todo en su evolución como grupo de trabajo a institución que se atomiza desde el punto de vista económico —con consecuencias no desdeñables para su estabilidad y continuidad como motor del desarrollo individual.

En su artículo «Vivir en familia», Kertzer comenta la visión de Le Play sobre las consecuencias del Código civil napoleónico en las familias por él estudiadas. Los cambios aplicados al régimen de sucesiones por Napoleón, que abolió la primogenitura como modo de perpetuar los privilegios económicos, afectó a muchas comunidades rurales: el fin de la herencia indivisible empujó a numerosísimos *paysans* a dejar sus tierras para abrazar el sueño industrial urbano.

En esa misma vía dirige su estudio Lloyd Bonfield en «La familia en la legislación europea». Considera Bonfield que, al obligar a la división de los bienes, el *Code civil* napoleónico adelantó la defeción de la familia. Sus miembros podían solicitar, en lo sucesivo, la libre disposición de los bienes paternos en un porcentaje inversamente proporcional al tamaño de la unidad familiar. Psicológicamente, la familia fue perdiendo gran parte de la importancia que antes tenía en el futuro del individuo.

El estudio de Mary Jo Maynes sobre las «Culturas de clase e imágenes de la vida familiar correcta» es uno de los que mayor interés reviste. Indica Maynes que en el siglo XIX se produjo la dicotomía, todavía vigente, entre lo público y lo privado, entre lo laboral y lo doméstico; dicha dicotomía se produjo, en gran medida, por el patente abandono de toda moralidad que se produjo en el mundo de los negocios: esta moralidad debió ser trasladada, por la burguesía económica, al ámbito del hogar.

Loftur Guttormsson comenta la evolución de las relaciones entre padres e hijos en su artículo «Las relaciones paternofiliales». Guttormsson lleva la argumentación de Maynes hasta la división del trabajo por sexos, como

consecuencia de la nueva economía. Al convertirse el hogar en el refugio de la moralidad burguesa, la mujer tornóse artífice de la respetabilidad mediante el cumplimiento de una serie de ritos familiares: limpieza de la casa, cuidado de los niños, higiene corporal... Respetabilidad que, al ponerse exclusivamente en manos femeninas, iniciaba la reclusión de las mujeres dentro de los cuatro muros del hogar —legado que nuestras sociedades han transmitido hasta nuestros días con mayor o menor fortuna.

Por último, Georges Augustins propone en «La perpetuación de las familias y la estructuración de los destinos personales» una tipología de las sucesiones. Remarca Augustins que en la herencia no sólo se lega capital económico; también se produce una transmisión nominal —que Bourdieu llamaría capital simbólico— cuya importancia no hay que dejar de considerar para la perpetuación de la familia como institución. Siguiendo la línea argumentativa de Stone y Fawtier (*An open elite? England 1540-1880*, 1984), describe el historiador francés el modo de perpetuación nominal, en casos de falta de descendencia patrilínea, mediante la adición de apellidos como nombres de pila —de ahí la profusión de los mismos en los hijos de familias burguesas con ínfulas nobiliarias.

En fin, un interesante estudio para arrojar más luz sobre una institución, la familiar, que experimentó en el siglo XIX su última tentativa de afianzamiento. La misma doctrina económica que creó la burguesía, el capitalismo, provocaría el hundimiento de esta su más importante célula de convivencia humana; el fin del siglo conocería la llegada de los grandes teóricos de la crisis de la familia y la modernidad: Nietzsche y Freud, quienes, junto a Marx, han pasado a los anales de la historia como pensadores de la sospecha —sospecha de una época cuyos valores se hallaban en franca periclitación, dando paso a la postmodernidad, al antimodernismo habermasiano, o al capitalismo tardío a lo Giddens: diferentes denominaciones de un mismo fenómeno.

Francisco Domínguez

**MOKEDDEM, Malika (2003), *L'Angoixa dels rebels*. Traducción de Ramón Usall i Salvia. Prólogo y notas de Àngels Santa. Pagès Editors, col·lecció Lo Marraco Blau. Lleida, 2004.**

*L'Angoixa dels rebels* narra la historia de un insomnio: el que formó a su autora, la escritora argelina Malika Mokeddem, en el ejercicio de la lectura y, más tarde, en el de la escritura. Novela autobiográfica personal —en de-